

real. Tan no lo es, que, en rigor, la convivencia europea es anterior a las nacionales, que preexistía a la formación de éstas y que éstas se han ido haciendo dentro de ella como coágulos más densos. Por tanto, no se ha hecho todo cuando se han presentado como personajes del drama histórico a Alemania, Francia, España, Inglaterra, etc. A todos éstos hay que agregar otro personaje distinto de ellos y tan operante como ellos: Europa. La diferencia entre Europa y las naciones europeas en cuanto "sociedad" estriba en que la convivencia sensu stricto europea es más tenue, menos densa y completa. En cambio fué previa y es más permanente. No ha llegado nunca a condensarse en la forma superlativa de sociedad que llamamos Estado, pero actuó siempre, sin pausa, aunque con mudable vigor, en las otras formas características de una "vida colectiva" como son vigencias intelectuales, estéticas, religiosas, morales, económicas, técnicas. Si estirpamos a cualquiera de aquellas naciones los ingredientes específicamente europeos que las integran les habremos quitado las dos terceras partes de sus vísceras (1).

No se ha visto, pues, la realidad completa de una nación europea si se la ve como algo que concluye en sí mismo. No: cada una de estas naciones levanta su peculiar perfil, como una protuberancia orográfica, sobre un nivel de convivencia básica que es la realidad europea. Se separan y aíslan los pueblos por arriba, pero terminan todos unidos e indiferenciados en un subsuelo común que va de Islandia al Cáucaso. Por desgracia —varias veces lo he hecho notar— no se ha intentado nunca una Historia de la sociedad europea en este estricto sentido. Si se hiciese con algún rigor el ensayo, yo creo que resultaría patente como la historia eu-

(1) Esta idea de la sociedad europea fué enunciada por mí ya en *La Rebelión de las Masas*, 1929, pero luego, más especialmente, en *Prólogo para Franceses y Epílogo para Ingleses*, agregados a las nuevas ediciones de aquel libro en la Colección Austral, ESPASA-CALPE ARGENTINA.

ropea no ha consistido sólo en las luchas de unos pueblos occidentales con otros, sino que además ha habido una lucha, llena de vicisitudes, entre unas o varias o todas las naciones europeas y Europa en cuanto unidad indiferenciada y envolvente. A veces es la pluralidad de las naciones quien predomina sobre su unidad subterránea, otra es, por el contrario, la unidad europea quien somete a muy acusada homogeneidad las figuras divergentes de aquéllas. Sin tener esto en cuenta no se puede llevar a satisfactoria claridad la imagen de ciertas épocas y de ciertos grandes hechos. Por ejemplo, la primera Edad Media, que es un tiempo en que prepondera Europa. Los pueblos entonces germinantes viven adaptándose a formas que Roma había dejado sobre el área europea. ¿Es posible, sin subrayar esto, entender bien lo que fué, lo que quería ser el "Sacro Imperio romano"? ¿No queda esta enorme idea un tanto desdibujada en las páginas de Haller? Y, si esto no está suficientemente claro, ¿se pueden entender bien las ideas con que Carlos V y sus consejeros enfrentan la situación de Alemania en 1519? Un lector español no puede quedar tranquilo cuando ve a Haller calificar a Carlos V, sin más y desde luego, como un hombre español porque los españoles sabemos muy bien lo que le costó españolizarse y que conforme fué haciéndolo fué dejando a un lado la idea medieval del "Sacro Imperio" y aceptando —aunque a regañadientes— la idea de las naciones en plural y del "equilibrio europeo" que sustituyendo al Imperio, iba a predominar en los tres siglos subsecuentes.

Lo propio acontece con la Reforma. Sin que lo declare, palpa Haller que el protestantismo aunque culmina en la figura de Lutero no es cosa exclusiva ni específicamente alemana, sino un movimiento en sentido estricto europeo, una guerra civil que en la sociedad europea, como tal, es-

talla. ¿No nos sorprende un tanto, ver que Haller vacila ante hecho de este calibre que abre toda una época de la historia alemana? También la Contrarreforma es un hecho originariamente europeo y no español —como distraídamente sostienen algunos, a pesar de lo cual fué tan decisivo para la historia nacional española (1).

No es posible mirar bien las naciones de Occidente sin tropezar con la unidad tras ellas operante ni es posible observar esta unidad europea concretamente y no sólo en mera frase, sin descubrir dentro de ella la perpetua agitación de su interno plural —las naciones—. Esta incesante dinámica entre la unidad y la pluralidad constituye, a mi parecer, la verdadera óptica bajo cuya perspectiva hay que definir los destinos de cualquiera nación occidental.

La prueba más sólida de ello se levanta ante nuestros ojos en las horas mismas que estamos viviendo. He aquí que el pueblo alemán consigue por vez primera, su completa unidad. A esta meta dirige Haller toda su obra. Pero en el mismo instante en que el pueblo alemán se encuentra con todo sí mismo, descubre que su problema no está resuelto, porque ipso facto se revela al pueblo alemán que él y su unidad eran sólo un problema parcial de su propia vida, más allá del cual se levanta, como problema no menos suyo, ineludible e inaplazable —el problema de Europa—. O dicho con otras palabras: que la realidad alemana no termina en el perfil aparentemente exento, aislado, de la colectividad alemana sino que continúa más allá de ese perfil y, bajo tierra diríamos, se funde con el problema de Francia, Italia, España, Inglaterra, etc. Todo pueblo occidental al llegar a su plena integración en la hora de su preponderancia ha hecho la misma sorprendente y gigantesca experien-

(1) Aunque expresándolo indirectamente Haller ve en la Contrarreforma un movimiento europeo de que España fué sólo instrumento.

cia — que los otros pueblos europeos eran también él o, dicho viceversa, que él pertenecía a la inmensa sociedad y unidad de destino que es Europa.

Puesto a pedir, yo hubiera deseado que la obra de Haller anticipase un poco más de horizonte, el que hoy tenemos a la vista. Otra vez y más que ninguna otra vez, el genio histórico tiene ahora ante sí esta formidable tarea: hacer avanzar la unidad de Europa sin que pierdan vitalidad sus naciones interiores, su pluralidad gloriosa en que ha consistido la riqueza y el brío sin par de su historia.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

Junio de 1941.